

Se cuenta que una vez, en la presentación de una ópera en el Teatro Nacional, uno de los tenores se destacó de manera especial. Uno de los asistentes, un señor de cierta relevancia, maravillado por la voz y la actuación de aquel tenor, en uno de los intermedios se fue hasta los camerinos para ver de quién se trataba. Al conocer la identidad de aquel tenor, exclamó con gran desilusión: ¡Ah, si es Lépiz! En efecto, se trataba del tenor costarricense José Manuel Lépiz.

El señor intrigado posiblemente esperaba encontrar a un artista con acento italiano o inglés para felicitarlo, pero demostró su falta de patriotismo y su ruindad al negarle el reconocimiento a un artista costarricense que, sin importar nombre ni nacionalidad, había demostrado su valía donde tenía que demostrarla: en el escenario.

La vida de José Manuel Lépiz estuvo marcada por una permanente demostración de sus innegables dotes artísticas, pero también por una negación del reconocimiento a sus méritos, justamente porque su humildad era muy grande y se negó, con obstinada firmeza, a que se le concediera algo de la gloria que legítimamente le correspondía.

Podríamos decir que su muerte no fue distinta de esta manera de ser de él. Se fue de pronto, calladamente, "sin decirle a nadie que se iba", sin comprometer a nadie en sus cuidados.

Fue pintor, músico y maestro. Pintor del paisaje costarricense, al que pintó con frescura e ingenuidad, usando materiales

# Entre pinceles y pentagramas

Roberto Cambronero V.

baratos, como él mismo decía restándole importancia a su obra. Dibujante incansable, no desperdiciaba oportunidad de dibujar cualquier motivo interesante que se le presentara. Así llenó de bocetos sus libros, sus cuadernos de música, sus periódicos, etc.

Músico cantor de grandes condiciones. Su voz de tenor se hizo escuchar en aquellas temporadas de ópera a la par de Claudio Brenes, Albertina Moya, Julia Araya, Silesky y tantos otros que pueden considerarse pioneros en esta actividad en Costa Rica. Pero gran parte del territorio nacional fue el escenario que hasta el final de su vida le sirvió para hacer oír su voz en las misas que fueron importante actividad suya. No era extraño verle dirigir a los grupos corales con quienes actuaba, haciendo presente su vocación de maestro.

Fue maestro de lo que sabía y de la vida. En el viejo Liceo de Heredia y en la Escuela Normal fue profesor de dibujo y de material escolar. Pero no era el profesor que se retugaba en el aula a hacer trazos en el pizarrón para que sus alumnos copiaran. A él le gustaba que sus alumnos estuvieran en contacto con la naturaleza y la copiaran, y si descubría algún talento o habilidad especial en alguno, se daba por entero a estimularlo y a entregarle su ex-

periencia y sus consejos sin limitaciones, sin egoísmos, sólo con la mira en que aquel alumno alcanzara metas superiores en el arte. No pocos artistas que hoy destacan en el quehacer cultural costarricense le deben el fundamento de su formación a las enseñanzas del profesor Lépiz en el Liceo de Heredia o en la vieja Escuela Normal, ya desaparecida. Pero donde mayor dimensión alcanzó su labor de maestro fue en la aula de la vida, con el ejemplo de la suya propia. Fue un hombre que ni siquiera fumó; esposo y padre ejemplar, llevó una vida ordenada, con humildad y alegría, pródiga en realizaciones artísticas.

Fue un hombre inmensamente rico, porque sin tener recursos económicos disfrutó de la vida y de cuanto ella le depuso: su talento, la pintura, la música, su esposa, sus hijas, el mundo. Viajó intensamente, como pocos. Sus viajes fueron el producto de su vida ordenada y de su sentido de la sencillez. Disfrutó cada viaje como nadie y de cada uno trajo un testimonio artístico inapreciable, porque así como otros enseñan fotografías, Lépiz mostraba sus dibujos: parques, fuentes, monumentos, iglesias, etc.

Casi al final de su vida me enteré de la existencia de un libro o cuaderno donde él iba anotando observaciones o pensa-

mientos íntimos, escrito con la sinceridad con que se puede escribir para uno mismo. En él hay una página donde José Manuel Lépiz escribió un poema a la humildad, algo que lo retrata en toda su grandeza espiritual y que constituye una lección permanente para cualquiera.

Escribió Lépiz: "No me atrevía a presentar ningún dibujo o cuadro mío a... (Aquí escribió los nombres de tres artistas cuyos nombres no vienen al caso), porque estos alumnos, como muchos otros, volaron muy alto y yo me he quedado en el valle mirando hacia arriba su vuelo de águilas"

Hace pocos años el que esto escribe trabajó para el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. En esa oportunidad, como tenía facilidad para hacerlo, llevado por mi admiración al profesor y amigo, le expresé mi deseo de organizar una exposición de sus pinturas. Su respuesta fue la más rotunda negativa. Por más que le rogué, no fue posible hacerle cambiar de parecer. Así era él.

Tal vez, mejor que hubiera sido así, porque ese gesto acrecienta hoy su dimensión humana.

Quedan como testimonio de su obra, entre otros: un disco de larga duración con himnos costarricenses, grabado con su voz no hace muchos años; un cuadro magnífico en poder del Banco Central donde quedó para siempre su calidad y estilo; la realización en progresiva evolución de algunos de sus alumnos y el afecto imperecedero de todos los que le conocimos.